

No pedí una flor

por Josefina Fonseca

Hablan con desprecio
de las partículas

suspendidas
en los caminos de la luz
y por encima
de mis muebles,

“cuánto polvo” mascullan
arrugando sus narices,
como si no envolviera
también el polvo sus figuras, como si no fuera
al polvo a donde van, sin remedio
a donde ahora mismo están yendo

qué saben ustedes, qué pueden
saber de lo que había
y lo que no

respetuoso afecto declaran los hombres
de este pueblo y sin embargo de mí
susurran “monumento”: un monumento
caído,
y de entre todas las virtudes
posibles, de mi casa resaltan
la palabra obstinada, la palabra
coqueta,
el sustantivo

decadencia

qué saben, qué pueden saber

“obligación hereditaria”

me han nombrado
como si trepar por mi jardín

e instalarse
en la raíz profunda de mis cosas fuera
un deber,

como si yo hubiera
pedido a este pueblo

sus ojos,
como si fuera, acaso,

mi deseo
estar desnuda cada noche
en el corazón frío de sus mesas

nada, nada pueden entender

de la arteria del dolor,

brutos

ladrones que corrompen
la casa de mi padre

y secan
con odio

los granos de su tierra

—quisieron hacer lo que no pudo
la muerte con él, nada
saben de los carbones ardididos

de sus pupilas que hablan—

lo que yo pido es
que se detengan

que le pregunten
a mi padre, le pregunten
a Sartoris, pregúntele
a Barron, destapen
de una vez la sordera

y sepan: hay hombres
que no mueren

una cosa es alejarse, otra
será irse: no hay caminos
infinitos,
no hay aliento
en los caballos,
un descanso

lo que quiero es un descanso

de las mujeres: la locura
la soledad y la pobreza
¿de quién
entonces, la determinación?
hubieran preferido, sí
una víctima,
una mártir,

una santa
—que aceptara, con un gesto
lo que le habían reservado—
¡pobre Emily!
clamaban a coro la piedad
y la conducta,
¡pobrecita!
decían todos y al girar la esquina
sonreían, el deleite
entre los dientes,
¡pobrecita!
y esperaban, como moscas
que cayera

las herencias les inquietan

se preguntan
para quién
el juego de iniciales plateadas,
a qué
responderá mi Tobe cuando nadie
quede en casa,
cuándo
vendrán las primas en rapiña,
cuánto
habrá imposible de salvar

creen ustedes que no supe
la pasión

y ya no asistan con desdén

a la luz opaca de lo íntimo,

no insistan

con el polvo, el moho

y el encierro,

con la palabra

obstinada y el sustantivo

decadencia

lo que yo exijo es que se vayan

que se lleven

sus ramos descontentos, que levanten
las cabezas, como quien no espera
nada,

y que oigan lo que brama
en el silencio
de los viejos

soldados de Jefferson

no confíen, ciegos

en la tierra: hay también

mujeres

que no mueren,

pregúntenle si no

a mi amante,

pregúntenle

al coronel,
 ¡pregúntenle
a mi padre y a los bravos
caídos de la Confederación!

o mejor
fíjense ustedes

si quien duerme
 —noche
a noche
 y amanece día
 a día—

en la efímera
tibieza de sus camas
 no es,
 acaso,
 un muerto.